

le que el resto fuese á cobrarlo á los Dioscuros á quienes también elogiaba en su poema; por esto se afirma que los Dioscuros salvaron al poeta cuando se derrumbó el palacio de los Escópades, hallándose éstos sentados á la mesa <sup>1)</sup>. En los últimos años de su vida, encontramos á menudo á Simónides en Sicilia, sobre todo en la corte de los tiranos de Siracusa, donde gozaba de gran autoridad, como lo prueba el siguiente hecho que conocemos por noticias completamente auténticas: cuando, muerto Gelon, se declararon en abierta discordia Hieron de Siracusa y Zenon de Agrigento, antes amigos y aliados, y cuando ambos tiranos acampados con sus respectivos ejércitos el uno enfrente del otro, á orillas del Gelas, se preparaban á zanjar sus diferencias con las armas, Simónides, amigo de ambos, como Píndaro, logró que firmasen la paz y reanudaran sus antiguas amistades (año 1 de la 76.<sup>a</sup> Olimpiada, 476 a. Chr.) <sup>2)</sup>. Pero la autoridad y el prestigio de Simónides se manifestó sobre todo en el curso de las guerras médicas: mantuvo estrecha amistad con Temístocles y con el espartano Pausanias, fué solicitado por los Corintios para que diese fe de sus hazañas en la guerra de la independencia, y se dedicó, más que ningún otro poeta, ya por acceder á los deseos de sus conciudadanos, ya por propia voluntad, á celebrar las empresas de aquella campaña, no solo en epigramas, sino también en poemas líricos de cierta extensión; tales son, por ejemplo, el elogio de los guerreros muertos en las Termópilas, los poemas sobre las batallas navales de Artemisium y de Salamina y algunas elegías á guerreros muertos en el campo de batalla, como la dirigida á los héroes de Maraton de que más arriba hemos hablado.

A la versatilidad de ingenio y á los conocimientos tan generales que cuanto dejamos apuntado induce á suponer en Simónides, reunía el poeta una facilidad asombrosa para la composición.

<sup>1)</sup> En Quintiliano, *Institut.* 11, 2, 11, se ve cuan difícil fué ya la crítica de esta historia para la antigüedad. Cierta es, sin embargo, que la familia de los Escópades, sufrió en aquella época una gran desgracia que Simónides cantó en un treno. Favorino en Estobeo, *Florilegio* 105, 62, y [105, 9, fragm. 32 de Bergk. De esta leyenda habla C. Lehr en su obra *über Wahrheit und Dichtung in der griechischen Litteraturgesch.*, p. 199-200.]

<sup>2)</sup> [Según todas las probabilidades, el matrimonio entre Hieron y una hermana, según otros una sobrina, de Teron, fué aconsejado á éste por Simónides. Aristóteles, *Retórica* 2, 16, refiere una conversación entre el poeta y la esposa de Hieron. A la misma alude también Platon, *Republica* 6, p. 498 b.]

Él fué quizá el lírico más fecundo que tuvo Grecia, aunque el número de sus producciones que ha pasado á la posteridad es escasísimo. En los agones poéticos ganó, como lo demuestra una inscripción votiva hecha por él mismo <sup>1)</sup>, cincuenta y seis toros y otros tantos trípodes, premios que solo podían obtenerse en las fiestas públicas, como por ejemplo, la de Baco en Atenas, donde Simónides, en la primavera del año 4 de la 75.<sup>a</sup> Olimpiada (476 a. Chr.), según él mismo asegura <sup>2)</sup>, alcanzó el triunfo dirigiendo un coro cíclico de cincuenta hombres. Pero más á menudo aún, la musa de Simónides se puso al servicio de los particulares, pues como muchas veces se lo echaron en cara los antiguos, fué la primera que vendió sus dones y se arrastró ante las riquezas. Sócrates observa ya en Platon <sup>3)</sup>, que Simónides se vió con frecuencia obligado á ensalzar á los tiranos y á otros potentados, sin que el corazon le dictase sus versos.

Entre los cantos compuestos por Simónides para las fiestas públicas había himnos y plegarias (*κατευχαι*) á todas las divinidades, peanes en honor de Apolo, hiporquemas, ditirambos y partenias. En los hiporquemas, parece haberse excedido á sí mismo: tan á maravilla poseía el arte de describir con ritmos y palabras las acciones que quería representar; y hasta él se enorgullece de saber combinar con la voz las formas dibujadas por el pie en los movimientos de la danza <sup>4)</sup>. Los ditirambos no iban todos dirigidos á Dionysos, como podría creerse atendiendo exclusivamente á su origen, sino que en ellos se trataban también asuntos de mitología heroica como lo prueba un ditirambo de Simónides, intitulado Memnon <sup>5)</sup>. Al hablar de la tragedia, tendremos ocasión de estudiar con más detenimiento esta aplicación de los cantos báquicos á asuntos heroicos. Los poemas de que ya hemos hecho mención y que cantaban la muerte de los defensores de las Termópilas y los combates navales contra los Persas, habían sido compuestos, sin duda, para ser representados en las fiestas públicas donde se celebraban las victorias obtenidas.

Entre los poemas que Simónides compuso para particulares,

<sup>1)</sup> *Anthol. Palat.* 6, 213. [Fragm. 145 de Bergk.]

<sup>2)</sup> [Fragm. 147 de Bergk.]

<sup>3)</sup> [*Protágoras*, p. 346, b.]

<sup>4)</sup> Plutarco, *Sympos.* 9, 15, 2.

<sup>5)</sup> Estrabon 15, p. 728, b.

son los más importantes las epinicias y los trenos. Las epinicias, cantos que se recitaban en el festín en honor de los vencedores en los juegos sagrados, ya en el mismo teatro de la lucha, ya al regreso del triunfador á su patria, fueron en esta época perfeccionadas por los poetas corales. Las epinicias de Simónides y de Píndaro, fueron casi coetáneas de la erección de estatuas en honor de los vencedores, costumbre que llegó á generalizarse hacia la 60.<sup>a</sup> Olimpiada (540 a. Chr.), sobre todo en la época de las guerras médicas en que los más esclarecidos maestros de las escuelas de Egina y de Sicione contribuyeron á desarrollarla <sup>1</sup>). Las epinicias de Simónides tenían el mismo ó casi el mismo carácter que las de Píndaro que analizaremos más adelante. Lo mismo en las del primero que en las del segundo, se celebraba á héroes mitológicos, como por ejemplo los Dioscuros en el epinicio de Escopas <sup>2</sup>); y lo mismo en unas que en otras, se unía al elogio del vencedor sentencias y consideraciones generales. Así, en el mismo canto de Escopas el poeta establecía las máximas de que la *bondad* constante es solo propia de los dioses; que el hombre no es ni absolutamente bueno ni absolutamente malo; que solo *en un caso dado* puede ejecutar una buena acción si los dioses le conceden este favor; y tilda de atrevido el dicho de Pitaco: «es difícil ser bueno», sin duda para excusar la conducta, más que reprochable, del príncipe triunfador <sup>3</sup>). Sería, sin embargo, injusto, suponer que Simónides violentara sus propias convicciones para ofrecer sus elogios remunerados; lejos de esto, en dicha circunstancia solo debemos ver una prueba de la manera dulce, humana, aunque también algo censurable y ligera, como los Jonios juzgaban las cosas del orden moral <sup>4</sup>), mientras que la legislación y las costumbres de los Dorios, y en parte también las de los Eolios, imponían exigencias más severas. Las epinicias de Simónides se diferencian principalmente de las de Píndaro, en que en las primeras el poeta se detiene en describir circunstanciadamente la victoria y la manera

<sup>1</sup>) [Véase O. Müller, *Archäologie* § 87-88.]

<sup>2</sup>) [Véase sobre este particular á Schneidewin, *Simonidis Cei reliquiae*, p. XV de los Prolegómenos.]

<sup>3</sup>) Véase este largo fragmento de las odas de Simónides en Platon, *Protágoras*, p. 339 y ss. "Ἄνδρα ἀγαθὸν γενέσθαι" significa conducirse bien en un sentido dado, *obrar bien*.

<sup>4</sup>) \*Véase lo que en contrario dice Ranke en su crítica de esta obra, *Gott. Anzeiger* 1842. p. 55 á 57. p. 562.

como el triunfador la obtuvo, mientras que Píndaro, pasando rápidamente por los pormenores del hecho, remonta el vuelo á más altas esferas. En un epinicio compuesto por Leofron, hijo del tirano Anaxilao y gobernador de Regium <sup>1</sup>), para celebrar el triunfo alcanzado por un tiro de mulas (*ἀπήνη*), el poeta saluda en el exordio á los animales vencedores, callando hábilmente su origen menos noble é insistiendo en el más digno: «Yo os saludo, oh nobles hijas de caballos de pies rápidos como el rayo». A menudo también, Simónides empleaba en sus cantos un estilo casi burlon, propio más bien de poemas destinados á ser cantados en alegres banquetes, como por ejemplo, en el epinicio en honor de un ateniense que en Olimpia había vencido en la lucha á Críos de Egina; el poeta juega con el nombre del vencido: «No salió mal trasquilado el carnero, (*ὁ Κρίος*) al penetrar entre las soberbias encinas, santuario de Zeus» <sup>2</sup>). Pero donde sobre todo se distinguió Simónides fué, como ya antes hemos visto al hablar de la elegía, en los cantos de duelo (*θρήνοι*). Su tendencia era, como observa un crítico antiguo, no llorar de una manera sublime como Píndaro, sino patética y conmovedora <sup>3</sup>). Mientras que Píndaro en el sublime entusiasmo de su alma elogiaba á los muertos por haber recorrido noblemente su carrera en esta vida, y por la glo-

<sup>1</sup>) Como quiera que las relaciones históricas son difíciles de comprender, observaré brevemente que Anaxilao fué tirano de Regium y desde el año 3 de la 71.<sup>a</sup> Olimpiada (494 a. Chr.), de Mesene (Zancle) donde había fijado su residencia, dejando á Leofron el gobierno de Regium. A la muerte de Anaxilao, año 1 de la 76.<sup>a</sup> Olimpiada (476 a. Chr.), sucedióle en el gobierno de Mesene su hijo primogénito Leofron, mientras que el liberto Micito que debía gobernar á Regium en nombre de los hijos menores, se vió obligado á abandonar el ejercicio de sus funciones. Descansa cuanto acabamos de expresar en Heródoto 7, 170. Diodoro 11, 48 y ss. 66. Heráclides Pónticos, *Pol.* 25. Dionisio de Halicarnaso, *Exc.*, p. 539. Vales. *Dionisio de Halicarnaso* 19, 4, Mai; Ateneo 1, p. 3. Pausanias 5, 26, 3. *Escolios á las Pínicas de Píndaro* 2, 34. Justin. 4, 2. 21, 3. Macrobio, *Sat.* 1. 11. La victoria olímpica de Leofron, atribuída por otros á Anaxilao, acaeció necesariamente antes del año 1 de la 76.<sup>a</sup> Olimpiada (476 a. Chr.).

<sup>2</sup>) Que las palabras 'Ἐπέξεθ' ὁ Κρίος οὐκ ἀεικέως etc., [fragm. 13 de Bergk] deben interpretarse, como se dice en el texto, lo demuestra la manera como Aristófanes, *Nubes*, verso 1355, indica el asunto del poema cantado en Atenas, en los banquetes, á modo de escolio patriótico. El certamen debió celebrarse hacia la 70.<sup>a</sup> Olimpiada (500 a. Chr.).

<sup>3</sup>) τὸ οἰκτιρῆσθαι μὴ μεγαλοπρεπῶς, ὡς Πίνδαρος, ἀλλὰ παθητικῶς. Dionisio de Halicarnaso, *Cens. vet. scriptor.* 2, 6. p. 420 de Reiske.

ria que en la otra les estaba reservada <sup>1)</sup>), abandonábase Simónides á los sentimientos puramente humanos del dolor, ante un cadáver ó de los sufrimientos de los que le sobreviven, y buscaba consuelos, á la manera de los elegíacos jónicos, en la caducidad general y en las miserias de la vida humana. Los más célebres poemas de Simónides, en este género, eran los cantos fúnebres en honor de los Escópades y del aleuade Antioco, hijo de Eche-crátides <sup>2)</sup>). Indudablemente debía también formar parte de uno de estos trenos, la célebre lamentación de Danae que, encerrada en una caja con su hijo Perseo, en medio de los rugidos de las olas, ensalza al inocente y dormido niño con palabras que revelan el amor maternal más tierno y la resignación más conmovedora <sup>3)</sup>).

En general, Simónides no se limitaba á iniciar y á tocar tan solo las ideas y sentimientos, como con la exuberante riqueza de su ingenio hacía Píndaro, sino que desarrollaba unas y otros, pintando sus detalles con delicadeza y cuidado sumos <sup>4)</sup> y haciéndoles lanzar por mil facetas á la vez vivísimos destellos. Examinemos un pasaje cualquiera, por ejemplo el fragmento del canto en honor de los héroes de las Termópilas: «Los que murieron en las Termópilas tienen una suerte gloriosa, un noble destino: la tumba por altar, la fama por lamentaciones, y un himno de triunfo por todo duelo. Ni el musgo invasor, ni el tiempo que todo lo borra, podrán eclipsar este epitafio de los héroes. La gloria de la Hélade se ha refugiado en su subterránea morada, y de ello es buena prueba Leónidas, rey de Esparta, que dejó eterna fama de acrisolada virtud» <sup>5)</sup>). Al analizar este pasaje no puede dejar de maravillarnos la gracia y el arte con que aquella mano maestra sabía tratar y presentar á través de asombrosa variedad de prismas, una misma idea: la gloria de una acción noble y levantada, ante la cual desaparece todo duelo. Podrá de igual suerte darnos idea de este género descriptivo que naturalmente conduce á un engranaje fácil y agradable de los pensa-

<sup>1)</sup> [Olimpica 2.]

<sup>2)</sup> El hijo de Eche-crátides, á quien hemos mencionado en el Cap. XIII al hablar de Anacreonte, y hermano mayor de Orestes.

<sup>3)</sup> Dionisio de Halicarnaso, *de compos. verb.* 26. Fragm. 37 de Bergk.

<sup>4)</sup> Simónides llamaba á la poesía, una pintura vocal; Plutarco, *de glor. Athen.* 3.

<sup>5)</sup> Diodoro II, II, fragm. 4 de Bergk.

mientos, de todo este estilo gracioso, ligero, elocuente de Simónides que tanto se distingue del de Píndaro, la pobre traducción en prosa de otro fragmento tomado del elogio de un vencedor en el pentatlon y que se refiere á Orfeo: «Al oír su canto, innumerables pajarillos revoloteaban en derredor de su cabeza y los peces se alzaban en las encrespadas ondas; ni el más ligero cierzo agitaba las hojas ni interrumpía la melíflua voz que deslizándose en el espacio hería los oídos de los mortales: como cuando Zeus en la luna de invierno señala catorce días,—lapso á que los habitantes de la tierra dan el nombre de sueño de los vientos—tiempo sagrado, para la incubación de los alciones de pintado plumaje» <sup>1)</sup>). Todo, en Simónides, está en perfecta armonía con este estilo elegante y pulimentado como el cristal: la elección de las palabras en que el poeta buscaba gracia y dignidad, sin alejarse demasiado como Píndaro del lenguaje vulgar, y el manejo de los ritmos, en el cual se distinguía del poeta tebano por la preferencia que siempre daba á los metros más ligeros y naturales, sobre todo á los versos logaédicos, y por principios menos severos en la composición de ciertos metros.

*Bachílides*, sobrino de Simónides, tomó por modelo el estilo de su tío. Su apogeo coincidió con la vejez de Simónides pues que vivió con él en la corte de Hieron de Siracusa; de las demás circunstancias de su vida apenas se sabe nada. Las apreciaciones de los críticos antiguos, uno de los cuales, Dionisio <sup>2)</sup>), observa que los caracteres dominantes de Bachílides son una corrección y una elegancia irreprochables, prueban muy á las claras que la poesía de éste último no era más que una rama de la de Simónides, cultivada con extraordinaria delicadeza y gracia. Consagró, sin embargo, Bachílides su ingenio y su arte á los placeres de la vida privada, al amor y al vino, y encuéntrase en sus cantos más voluptuosidad, y aún menos elevación moral que en los de su maes-

<sup>1)</sup> Fragm. 18 de Schneidewin. [Schneidewin ha tratado de relacionar y fundir tres citas que aparecen en diversos escritores, Tzetzes, *Chil.* 1, 316, Plutarco, *Sympos.* 8, 3, 4, y Aristóteles, *Hist. anim.* 5, 9. Según el testimonio de un gramático, en Bekker, *Anecdota* 1, 377 solo la última se refiere á las epinicias. Estos tres fragmentos están separados en Bergk 12, 40, 41.]

<sup>2)</sup> [Longino, *de sublimi* c. 33, coloca á Bachílides respecto de Píndaro al mismo nivel que está Ion respecto de Sófocles, ó Hipérides respecto de Demóstenes. Se atribuye como principal carácter á sus producciones, el de ser ἀδιάπτωτοι ἔν τῷ γλαφύρῳ πάντῃ κεκαλλιγραφημένοι.]

tro. Entre las diversas clases de poesía coral que cultivó, además de las usadas por Simónides y Píndaro, compuso cantos eróticos como aquel, por ejemplo, en que pinta á una hermosa joven (en el juego del cotabo) en el momento de levantar el blanco brazo para escanciar el vino á los mancebos<sup>1</sup>); descripción que solo conviene á una hetaira que toma parte en los banquetes de los hombres. En otros poemas que probablemente se entonaban para animar el festín, y que no eran más que escolios transformados en cantos corales, elogia el vino del siguiente modo: «Una dulce violencia surge de las copas y consuela el espíritu, mientras la pasión amorosa unida á los dones de Dionysos, inflaman el corazón. El pensamiento humano remonta poderosamente su vuelo, derriba los fuertes muros de las ciudades, y el hombre se cree único señor del mundo entero. Resplandecen las casas de marfil y oro, y naves cargadas de trigo traen de Egipto, al otro lado de las transparentes ondas, la abundancia de las riquezas: tanto se exalta la imaginación del bebedor»<sup>2</sup>). En este como en todos los fragmentos algo extensos de Bachílides, se encuentra el estilo brillante y atildado de la escuela de Simónides; citaremos uno en elogio de la paz que es un modelo en su género: «La sublime Irene da á los mortales la riqueza y las flores de los cantos melodiosos. En altares maravillosamente trabajados, arden en llamas de oro y en honor de los dioses, los corderos y las ovejas de espesa lana. Los cuidados del mancebo se reducen á la gimnasia, la flauta, y los banquetes (*ἀλλοὶ καὶ κῶμοι*). Las negras arañas tejen sus telas en las férreas correas de los escudos y el orín cubre el hierro de la lanza y las espadas de doble filo. Ya no se oye el ruido de las metálicas trompas, y el sueño bienhechor que consuela y tranquiliza nuestro espíritu no huye espantado de los pár-

<sup>1</sup>) Ateneo II, p. 782, e. 15, p. 667, c. Fragm. 24 de Bergk.

<sup>2</sup>) Ateneo 2, p. 39. Fragm. 27 de Bergk.

El poema se compone de breves estrofas de medida dórica, reductibles al siguiente metro:

```

      ´  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨
      ´  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨
      ´  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨
      ´  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨  ¨
  
```

En esto no hay que hacer ya otras correcciones que las realizadas por otros diversos motivos; solo en el verso 6 debe escribirse *ἀὐτός* en lugar de *ἀὐτόθε*. [Bergk leyó en el verso 6 *ἀὐτίχ' ὃ μὲν πόλεων κρήδεμνα λύει*, en vez de *ἀὐτός μὲν*.]

pados. Las calles están animadas por alegres festines y resuenan cantos en honor de hermosos adolescentes<sup>1</sup>). Véase aquí al poeta que se complace en describir escenas de alegría y de bienestar y en presentarlas con todos sus pormenores, pero sin profundizar ni ir más allá de lo que le consiente la común manera de ver de los hombres. Bachílides, lo mismo que Simónides, llevó al lirismo coral la prolidad elegíaca, aunque ni compuso elegías, ni siguió las huellas de Simónides, sino exclusivamente como poeta epigramático<sup>2</sup>). Las reflexiones diseminadas en sus poemas líricos y que se refieren á las miserias de la vida humana, á la instabilidad de la fortuna, á la necesidad de aceptar lo que es inevitable y de desembarazarse de inútiles preocupaciones, tienen mucho del carácter de la elegía jónica<sup>3</sup>). La versificación de Bachílides es, en general, sencilla. A juzgar por los fragmentos aún existentes, las nueve décimas partes de sus poemas estaban compuestas en series dactílicas ó en dipodías trocáicas, construcción que encontramos también en las odas de Píndaro que seguían la armonía dórica; este metro, sin embargo, es en Bachílides más ligero, porque donde la sílaba puede ser indiferentemente breve ó larga el poeta da siempre preferencia á la breve. Encuéntrase en sus composiciones versos trocáicos de una gracia encantadora, pero á menudo también de cierta afeminada languidez: «No hay en ellas víctimas, ni oro ni tapices de púrpura, sino almas bondadosas, el encanto de las Musas y el dulce vino en copas beocias»<sup>4</sup>). Este fragmento, tomado de un canto religioso en que se invitaba á los Dioscuros á una fiesta en honor de los extranjeros (*ξένια*) es muy distinto del himno, esto es, de la tercera oda

<sup>1</sup>) Estobeo, *Florilegio* 122, i. Fragm. 13 de Bergk.

<sup>2</sup>) [Es muy difícil de determinar lo que Menandro, *De encomiis*, vol. 9, p. 132 y 140 entiende por *ἄνοι ἀποπεμπτικοί* de Bachílides.]

<sup>3</sup>) [Merece especial mención el fragmento conservado en Estobeo, *Florilegio* 98, 27 (Fragm. 2 de Bergk):

Θνατοῖσι μὴ φθναὶ φέριστον,  
μῆδ' ἀελίου προσιδεῖν φέγγος  
ἄλβιος δ' οὐδὲς βροτῶν πάντα χρόνον,

en el cual se expresa una idea ya mil veces repetida en la antigüedad, como en el relato de Cleobis y Biton. Como observa Bergk, existe verosímelmente una relación estrecha entre los versos de Bachílides y el diálogo entre Sileno y el rey Midas que tomándolo de Aristóteles mencionan Cicerón, *Tuscul.* I, 48 y Plutarco, *Consol. ad Apoll.* c. 27. Véase Cap. III, p. 50, nota 5.]

<sup>4</sup>) Ateneo II, p. 500, b. Fragm. 28 de Bergk.

olímpica, en que Píndaro celebraba igualmente la fiesta de los Dioscuros por Teron de Agrigento.

La estimación general de que gozaban Simónides y Bachílides y el mérito incontestable de su poesía, no impidieron que muchos de sus contemporáneos siguieran otros derroteros, dando origen á diversos estilos líricos. Cítase como rival de Simónides durante la estancia del poeta en Atenas, á *Laso de Hermiona*, el cual gozó también de gran favor en la corte de Hiparco <sup>1)</sup>, pero las escasas noticias que de este poeta han llegado á nosotros, no nos permiten fijar con exactitud en qué consistiera el contraste entre ambos vates. Laso era principalmente poeta ditirámico y fué el primero que organizó en Atenas concursos de ditirambos <sup>2)</sup>, según todas las probabilidades hacia el año 1 de la 68.<sup>a</sup> Olimpiada (508 a. Chr.) <sup>3)</sup>. Tenía tal amor á este género, que dió á los ritmos de todos sus poemas, cualquiera que fuese su carácter, un giro ditirámico y una marcha más libre sostenida por la flexibilidad y la variedad de tonos de la flauta instrumento á que otorgó siempre marcada preferencia <sup>4)</sup>. Dióse también Laso á estudiar la teoría de su arte y á investigar las leyes de la música, muchos de cuyos resultados conservaron los músicos de los últimos tiempos, y fué, por último, maestro de Píndaro. Es muy posible que sus estudios lo llevasen á exagerar los ritmos y los sonidos vocales que trató con excesivo refinamiento; así, compuso poemas sin *S* (*ἄσγμοι ᾠδαί*), en los cuales se evitaba el empleo de esta silbante por poco armoniosa <sup>5)</sup>.

<sup>1)</sup> Aristófanes, *Avispas* 1401, véase Heródoto 7, 6.

<sup>2)</sup> Según los escolios á Aristófanes, *l. c.* [interpolados por Suidas].

<sup>3)</sup> La noticia del Marmor Parium, *ep.* 46, parece referirse á los coros cíclicos.

<sup>4)</sup> Plutarco, *De Musica* 29, confirmado por el fragmento de un himno de Laso á Demeter, en Ateneo 14, p. 624, e. \*Véase á Schneidewin, *De Laso Hermiona scripta*, Gotinga, 1843.

<sup>5)</sup> [A tales artificios parece referirse la expresión *λασιματα* que Hesiquio explica del siguiente modo: *ὡς σοφιστοῦ τοῦ Λάσου καὶ πολυπλόκου*. Las *ἄσγμοι ᾠδαί* tenían, por lo demás, verosímelmente, un fundamento más sólido que los pueriles juegos de época posterior como por ejemplo la *Ὀδυσσεΐα λειπαγράμματος* del poeta egipcio Trifiodoro. (véase Suidas s. v. y Eustacio, p. 1379, 54) ó la *Iliada* de Nestor de Laranda, que constaba de 24 libros en cada uno de cuyos cantos, según refiere Suidas, se eliminaba una letra del alfabeto. El sonido de la sigma, sobre todo, como ya hemos dicho antes, p. 25, resultaba desagradable en ciertos dialectos, razon por la que los poetas cómicos, como ha

Fué *Timocreonte de Rodas* un genio verdaderamente original: atleta vigoroso á la vez que poeta, llevó á la poesía el ardor guerrero de la palestra. Timocreonte debió su fama entre los antiguos, al odio que profesó á Temístocles en la vida política y á la enemistad privada que en el campo de la poesía le impulsaba contra Simónides. En un fragmento que aún se conserva <sup>1)</sup>, censura amargamente al estadista ateniense por su arbitrariedad en el gobierno de las islas, en el indulto de los desterrados y en la expulsión de otros muchos ciudadanos, entre los cuales, según parece, se hallaba el mismo Timocreonte. Aunque en varias ocasiones compuso en dísticos elegíacos y en metros eólicos, el atleta de Rodas combatía á sus enemigos con los graves y pomposos metros de la armonía dórica, como si dijéramos con los disparos de una catapulta; y es innegable que la ampulosidad de las expresiones y la grandiosidad de las formas dan cierta fuerza á sus vituperios. Por lo que hace al poeta de Ceos, parece que Timocreonte le ridiculizaba y parodiaba tomando pie de ciertos lunares de su estilo, como cuando Simónides expresa el mismo pensamiento con las mismas palabras, primero en un exámetro y luego en un tetrametro trocáico <sup>2)</sup>.

De un carácter mucho más digno y elevado es el contraste entre *Píndaro* por una parte, y Simónides y Bachílides por otra. Aunque el deseo de gozar de los favores de los tiranos Hieron de Siracusa y Teron de Agrigento, pudo haber estimulado las desavenencias entre estos poetas, es indudable que la verdadera causa de su enemistad hay que buscarla en el modo cómo los poetas de Ceos y el de Tebas cultivaban la poesía; la lucha que de este desacuerdo necesariamente nació no deshonra ni desprestigia á ninguna de las partes. Los antiguos comentaristas explican por esta animadversión <sup>3)</sup> gran número de pasajes de Píndaro, en que se ensalza la verdadera sabiduría como un don de la

observado Elio Dionisio en Eustacio, p. 813, 44, evitaban su empleo. Véase Meinecke, *Fragm. comica graeca*, vol. 2, p. 626. En Ateneo 10, p. 455, c, se consideran como *ἄσγμοι* el *Κένταυρος* y el *Ἕμνος εἰς Δήμητρα* de Laso.

<sup>1)</sup> Plutarco, *Temistocles* c. 21.

<sup>2)</sup> *Anthol. Palat.* 13, 30. Véase sobre esta enemistad á Diógenes Laercio 2, 46 y Suidas s. v. *Τιμοκρέων*. Las citas de Simónides y de Timocreonte en Walz, *Rhetor. Graeci*, vol. 2, p. 10, se refieren probablemente también á esta querrela.

<sup>3)</sup> *Olimpica* 2, 86 (154) 9, 48 (74). *Pítica* 2, 52 (97) y á menudo también la *nemea* 3, 80 (143) 4, 37 (60). *Istmica* 2, 6 (10).

Naturaleza, una fuerza emanada del espíritu, con la cual no puede compararse la ciencia adquirida, ó se presenta la inventiva como lo que hay de más elevado, como el más hermoso de los dones. El cantor de Tebas da también novedad á las narraciones legendarias en que otros poetas creían deber ser fieles á la tradición. Simónides aludiendo á esto exclama: «El vino nuevo no debe hacer desmerecer al del año anterior; esta narración es pueril»; y Bachílides: «Si alguno piensa de otro modo, el camino es ancho»; y en otro lugar: «Si uno sabe á otro lo debe, lo mismo en los tiempos antiguos que hoy; pues no es tarea fácil inventar poesías nuevas»<sup>1)</sup>.

<sup>1)</sup> Plutarco, *Numa* 4. Fragm. 37 de Bergk. Clemente Alejandrino, *Stromata* 5, p. 687 de Potter. Fragm. 14 de Bergk.

## CAPÍTULO XV

### Pindaro

Nació Píndaro la primavera del año 522 a. Chr., 3 de la 64.<sup>a</sup> Olimpiada y se encontraba por consiguiente en la flor de la edad cuando Xerjes invadió la Grecia y cuando se libraron las batallas de las Termópilas y de Salamina; según todas las probabilidades murió octogenario<sup>1)</sup>. Vivió por tanto Píndaro en la etapa de la vida del pueblo griego á que puede llamarse la madurez de la adolescencia y el comienzo de la edad viril: la época en que la nación helénica desplegó aquella energía de acción, aquel espíritu emprendedor y entusiasta jamás igualado, unidos con el amor á la poesía, á las artes, á la verdad filosófica y á la belleza ideal y que prometía, que producía ya mejor dicho, ópimos frutos. Sin embargo, aunque contemporáneo de Esquilo y admirador del rápido florecimiento de la que él llamaba «brillante Atenas, firme columna de Grecia y digna de ser cantada por los poetas»<sup>2)</sup>, el progreso siempre creciente de Atenas después de las guerras médicas, quedó por decirlo así completamente extra-

<sup>1)</sup> Remito al lector á las investigaciones sobre la vida de Pindaro que se encuentran en Böckh, *Pindar*, vol. 3, p. 12; á las cuales se puede agregar la introducción de Eustacio á su comentario sobre Pindaro en los *Eustathii Opuscula*, edición de L. Tafel, 1832, p. 32 (*Eustathii proœm. comment. Pindar.* edición de Schneidewin, 1837). \*Véase también Schneidewin, *De vita et scriptis Pindari* en la edición de Dissen publicada por él, Gotha, 1843 y Tico Mommsen, *Pindaros, Kiel*, 1845. [También debe consultarse el notable libro de Leop. Schmidt, *Pindars Leben und Dichtung*, Bonn, 1862.]

<sup>2)</sup> [Fragm. 54, seguramente del mismo ditirambo de que se ha tomado el fragm. 55, que dice atrevidamente:

ὄθι παῖδες Ἀθαναίων ἐβάλοντο φαεινὰν  
κρηπίδ' ἐλευθερίας.]